



# circles

thelonlycoast

# Circles

Escrito por **thelonlycoast**; Traducido por **ValerieHayne**

**Sumario:** En los días de lluvia, Anne construía fuertes de mantas para Harry y Louis en la sala de estar y pasaban horas adentro, hablando, riendo y leyendo montones de libros a la luz de las antorchas. En la oscuridad, sus siluetas estaban cosidas a las sábanas de la tienda brillantemente iluminada como camafeos en un relicario dorado. Una parte de ella deseaba poder mantenerlos así para siempre, deseaba que fueran niños para siempre, su piel bronceada por el sol con olor a sal, sus pequeños brazos apretados alrededor de su cuello mientras la abrazaban.

El título viene de la canción *Circles*, de Passenger.

# circles

thelonlycoast

Anne se preocupaba. Sabía que era lo que hacían las madres—preocuparse cada segundo que sus hijos estaban fuera de sus vistas—crecer y alejarse de ellas, vivir esos momentos privados y decisivos de la infancia que estaban fuera de la vista. Pero sus preocupaciones no eran que sus hijos resultaran heridos o decepcionados, aplastados bajo el implacable y aplastante taconazo de los días (aunque eso también le preocupaba). No, sus preocupaciones eran de otro tipo.

Al principio, estaba feliz de que los chicos se llevaran tan bien; sabía que había sido difícil para Harry cuando su padre se fue y nuevamente cuando comenzó a salir con Mark un año después, y sabía que había sido difícil para Louis aceptarla sólo un año después de que su madre falleciera. Pero cualesquiera que fueran sus sentimientos acerca de tener nuevos adultos en sus vidas, se adoraban absolutamente el uno al otro. Desde el principio.

A pesar de su diferencia de edad de dos años, Harry y Louis rápidamente se volvieron inseparables. Compartían un dormitorio, un baúl de juguetes y un armario de ropa (Harry nadaba en los suéteres de Louis, el lazo de su prominente clavícula sobresalía donde el cuello se deslizaba sobre sus delgados hombros) e incluso parecían compartir un lenguaje secreto propio. A veces, cuando Anne se alejaba de la estufa, los encontraba a los dos sentados en silencio uno frente al otro en la mesa, con los ojos fijos en una mirada intensa, y aunque estaban absolutamente en silencio, podía jurar que estaban hablando. Le puso los pelos de punta. La primera vez que lo había visto, había derramado masa para panqueques por todo el suelo por la sorpresa. Ambos muchachos se habían esforzado rápidamente para ayudar a limpiar el desorden, y ella había pensado, *bueno, ahora sólo estoy siendo tonta, ¿no?* Pero luego, sucedió una y otra vez y ya no se sentía tan tonta.

Era fácil cuando eran más jóvenes, bueno, no *fácil*, más bien *simple*. Los chicos se deslizaban por los suelos de madera con calcetines y pantalones de Spiderman, mientras ella preparaba la cena, Harry trotaba detrás de Louis como un perro leal. Tomaron lecciones de natación en el verano y llegaron a casa oliendo a cloro y colgando de sus piernas mientras ella preparaba el té de la tarde, cálidos, pegajosos y habladores. A Harry le encantaban los animales y ella los llevaba al zoológico y al acuario, donde les compraba pingüinos de peluche a juego. Harry dejó el suyo en el tren unas semanas más tarde y lloró y lloró hasta que Louis lo convenció de que podían compartir.

En los días de lluvia, Anne construía fuertes de mantas para Harry y Louis en la sala de estar y pasaban horas adentro, hablando, riendo y leyendo montones de libros a la luz de las antorchas. En la oscuridad, sus siluetas estaban cosidas a las sábanas de la tienda brillantemente iluminada como camafeos en un relicario dorado. Una parte de ella deseaba poder mantenerlos así para siempre, deseaba que fueran niños para siempre, su piel bronceada por el sol con olor a sal, sus pequeños brazos apretados alrededor de su cuello mientras la abrazaban.

El libro favorito de Louis era Peter Pan y él siempre le rogaba que se lo leyera a la hora de acostarse, Harry se acurrucaba bajo la axila de Louis mientras ella leía.

*“Wendy también dijo que le daría un beso si quisiera, pero Peter no sabía a qué se refería y le tendió la mano expectante.*

*—¿Seguro que sabes lo que es un beso? —preguntó ella, horrorizada.*

*—Lo sabré cuando me lo des —respondió con frialdad, y para no herir sus sentimientos ella le dio un dedal.”*

Un día, cuando Anne estaba cosiendo un agujero en el mono de Harry, Louis se acercó y comenzó a hurgar en su kit de costura.

—Ten cuidado. Hay alfileres ahí, amor —Anne dejó su labor de coser, sentando a Louis en su regazo. Olía a hierba y chocolate y tenía un yeso sobre una de sus rodillas regordetas. Harry tenía uno a juego, a pesar de que no estaba lastimado sólo porque Louis tenía uno, así que él también quería uno—. ¿Qué estás buscando?

—Un dedal.

—¿Para qué necesitas un dedal? —preguntó, metiendo su barbilla en el pequeño y cálido hueco del hombro de Louis.

—Para Harry —dijo Louis con seriedad, sacándose el pulgar de la boca—. Wendy le dio uno a Peter.

Anne le puso un dedal de plata en la mano y le dio unas palmaditas en el trasero.

—Vete, mono descarado.

Unas horas más tarde, estaba parada fuera de su tienda, observándolos dormir y bebiendo una copa de vino, cuando Mark se le acercó por detrás y le besó el cuello.

—Sabes, nunca supe lo que me estaba perdiendo hasta que Lou y yo te tuvimos a ti y a Harry —susurró en su cabello.

Ella sonrió, inclinándose sobre su hombro para besarlo. —Nos completas de una manera que nunca podría haber anticipado —dijo Mark, arrastrando los dedos por su brazo.

Anne dejó su vino en la mesa de café, girándose para que Mark pudiera atraerla y besarla. —¿Entonces los llevamos a la cama? —ella murmuró contra su boca sugestivamente.

Él le sonrió, captando su indirecta. No era frecuente que tuvieran un momento a solas, no con dos niños bulliciosos corriendo de un lado a otro. Mark recogió a Harry, mientras que Anne recogió a Louis y comenzaron el largo y familiar ascenso por las escaleras hasta la habitación de Harry y Louis.

—¿Qué es esto? —preguntó Mark, arrancando el dedal del puño cerrado de Harry mientras lo metía en la cama.

—Louis se lo dio —dijo Anne, tratando de mantener su voz ligera mientras dejaba el dedal con cuidado en la mesita de noche de Harry. Les dieron un beso de buenas noches a los niños y Anne y Mark se quedaron en la puerta un momento más, observándolos dormir.

—A veces, me pregunto qué será de ellos... —dijo Anne en voz baja.

—Estarán bien —insistió Mark mientras apagaba la luz, dejando la puerta entreabierta—. Se tienen el uno al otro —a Anne se le hizo un nudo en la garganta ante las palabras que no dijo: *"eso es lo que me preocupa"*.

Harry llevó el dedal con él durante semanas, hasta que, temiendo que se repitiera el incidente del pingüino, Anne hizo que se lo pusieran en una cadena para que no lo perdiera.

No tenía forma de saber entonces que Harry lo usaría por el resto de su vida.



Después de que su padre se fuera, Harry se había vuelto un poco pegajoso. Hacía rabietas cuando Anne lo dejaba en la guardería y si llegaba un minuto tarde a recogerlo, lo encontraría en los escalones de la entrada de la escuela, llorando a cántaros en la blusa de su pobre maestro. Harry quería sentarse en el regazo de Anne todo el tiempo, mientras cenaban o mientras ella corregía los trabajos de sus alumnos a la luz de la lámpara en su escritorio después de un largo día de enseñanza o mientras se relajaba con una taza de té. Se sentaba frente a la puerta de su baño cuando ella se duchaba para esperar a que saliera y luego se acurrucaba debajo de su tocador, haciendo rodar autos de juguete sobre sus pies mientras ella se maquillaba y arreglaba su cabello. Ella tropezaba constantemente con él, ya que siempre estaba debajo de sus pies.

Él también tenía pesadillas, se despertaba en medio de la noche gritando y se metía en su cama la mayoría de las veces, su presencia era lo único que lo hacía dormir. Durante el día, Harry buscaba a Anne en la casa y si no la encontraba, se echaba a llorar y ella se le acercaba, desplomado y llorando en el suelo de la cocina o del salón. Ella lo tomaba en sus brazos mientras él sollozaba cansado, "Pensé que te habías ido", decía, hipando, largos hilos brillantes de saliva y lágrimas corriendo por sus mejillas y barbilla.

Y Anne le frotaba la espalda con círculos y decía: "Nunca podría, pollito". Ese era su nombre para él, porque él era todo cabello suave y esponjoso y ojos demasiado grandes, su pollito.

Eventualmente, Harry superó su fase pegajosa, ayudado por un nuevo hermano y un nuevo padre y una nueva escuela y una casa nueva y más grande con un patio para explorar. Pero hubo un día, cuando tenía seis años, que llegó con esa mirada perdida y desesperada en su rostro.

—¿Qué pasa, pollito? —Anne preguntó mientras él se subía a su regazo, oliendo a leche y galletas integrales.

—¿Louis y yo viviremos juntos para siempre? —preguntó Harry.

—Bueno, cuando seas grande, puedes irte y vivir por tu cuenta. Y tener tu propia casa con tus propias cosas. Al igual que papá y yo.

—¿Pero Louis estará allí? —preguntó Harry preocupado.

—Bueno, tal vez para entonces conozcas a alguien con quien quieras casarte y quieras vivir con esa persona.

Harry se acurrucó en el pecho de Anne. —¿No puedo casarme con Louis?

Anne se rio, pero fue interrumpida por el ceño fruncido de Harry. —Es tu hermano, amor. Los hermanos no lo hacen, *no pueden* —Harry estuvo en silencio durante mucho, mucho tiempo. Anne casi pensó que estaba dormido cuando se removió en su regazo.

—¿Louis me dejará como papá?

—Él siempre será tu hermano y yo siempre seré tu madre, ¿de acuerdo? No puedes deshacerte de nosotros, no importa cuánto lo intentes. Eres nuestro.

Harry sonrió, relajándose en ella. —Y tú y Louis son míos.

Anne pasó los dedos por su cabello, —Eso es correcto. Por siempre y para siempre, pollito.

# circles

La noche era una lucha. Los niños tenían sus propias camas y tanto Anne como Mark insistían en que las usaran, pero cuando Anne venía a verlos por la noche, a menudo se encontraba con que Louis se había metido en la de Harry o Harry en la de Louis y ella no tenía el corazón para separarlos. Dormían uno encima del otro, como cachorros, y en los primeros días, ella sólo estaba feliz, feliz de que se hubieran encontrado, feliz de que ella y Mark hubieran tenido suerte con dos muchachos perfectos como estos.

Cuando Harry se rompió el brazo al caerse de un árbol un día de otoño, Louis se había quejado de que también le dolía el brazo, así que Anne le fabricó un cabestrillo con un paño de cocina y se acostaron juntos todo el fin de semana viendo dibujos animados y leyendo cómics y comiendo sus comidas desde unas bandejas de té.

Mark trató de animarlos a hacer diferentes actividades, a hacer otros amigos fuera de los demás. Y en algunos casos, incluso funcionó, por un tiempo, aunque no de la manera que esperaban. En el cuarto año, Mark logró que Louis se uniera al equipo de fútbol y Louis los sorprendió a todos al ser bastante bueno. Pero nada podía desalentar la cercanía de los niños y Harry se sentaba en las gradas o se paraba al margen de cada juego, con letreros brillantes que había hecho con rotuladores, gritando más fuerte que nadie.

—Ese es mi hermano —decía con orgullo a cualquiera que lo escuchara—. Número 17. Es el mío.

*Mío.* La palabra se quedó en el estómago de Anne como un ancla. Estaba feliz de que Harry pudiera experimentar el tener un hermano, ya que no había planeado tener más hijos (ni siquiera había planeado tener *uno*—Harry había tenido un accidente cuando ella era adolescente). Era claro para cualquiera que pudiera ver que eran más que hermanos.

Eran ferozmente posesivos el uno con el otro y su relación inusual les causó problemas a ambos en la escuela. Louis se metió en más de una buena cantidad de peleas en el patio de recreo defendiendo a Harry, que era un poco tímido, y Harry tenía tantas dificultades para socializar con los niños de su grado que su maestra le había sugerido a Anne que podría tener una forma leve de autismo. Anne había estado furiosa por eso: Harry era increíblemente brillante, inteligente y sensible y no estaba en lo más mínimo afectado. Sin embargo, era terriblemente tímido con las personas que no eran su mamá, su papá o Louis.

Cuando Anne se dio cuenta de que Harry tenía una habilidad especial para dibujar, lo inscribió en clases de arte en el Centro Comunitario, donde su encantador y carismático maestro, el señor Tepper, lo sacó lentamente de su caparazón y Harry finalmente pudo expresarse, aunque sólo fuera en papel. Louis inscribió a Harry en algunos concursos de arte sin que él lo supiera y, de repente, Harry estaba ganando premios. Acurrucadas en la chimenea, entre los trofeos de fútbol de Louis y las fotografías de los dos niños con los brazos cruzados sobre los hombros, ahora había varias placas enmarcadas con el nombre de Harry.

Anne no podría haber estado más orgullosa o más asustada por ellos.





Los niños insistieron en bañarse juntos, lo que a las cinco y siete había sido agradable: muchos chapoteos y juegos enérgicos con los juguetes de baño y dibujarse en la piel con crayones de jabón, pero ahora a las nueve y once todo parecía un poco impropio. Louis estaba teniendo un poco de confusión *ahí abajo*, por el amor de Dios.

Una vez, Anne los había dejado en el baño para contestar una llamada telefónica y al volver encontró a Louis sentado en el borde de la bañera y a Harry con la cara junto a las partes íntimas de Louis, examinando el suave mechón de pelo en sus pequeños testículos con interés. No hubiera sido tan malo si Louis no hubiera tenido una erección, una cosa pequeña y delgada del tamaño del dedo de un hombre y tan peligrosamente, horriblemente cerca de la cara sonrojada de Harry, su boca abierta. Louis tenía un poco de piel allí, a diferencia de Harry, que había sido circuncidado cuando era un bebé, y mientras ella miraba con horror, él retiró la piel para revelar el pequeño casco rosa debajo mientras Harry miraba, paralizado.

Entonces ella reaccionó de forma exagerada: gritó, entrando y sacándolos a ambos de la bañera, mojados y tiritando. Todavía recordaba la mirada horrorizada en el rostro de Harry; era un buen chico y ella *nunca* le gritaba más allá de la regañina ocasional. Harry parecía, bueno, parecía *asustado* de ella. Más aún cuando Louis comenzó a llorar.

Anne logró llevar a Harry a su habitación y empujó a Louis a su dormitorio y lo sentó en el borde de la colcha floral, frío y temblando en su toalla, grandes lágrimas rodaban por sus mejillas sonrojadas. Seguía siendo el mismo Louis que siempre había sido, seguía siendo su *hijo*, pero Anne no podía dejar de ver su pequeña erección en su mente, no podía dejar de ver la cara de Harry mientras miraba.

—¿Estoy en problemas? —Louis preguntó, su labio temblando.

Anne suspiró, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos. —No, no estás en problemas.

—¿Puedo terminar entonces? Tengo un poco de champú en mi ojo —se quejó Louis, arrugando la nariz.

—Sólo un minuto. Louis, creo que tal vez es hora de que empieces a ducharte... *por tu cuenta* —Trató de poner tanto énfasis como pudo en esas últimas tres palabras, para que no hubiera dudas sobre lo que le estaba preguntando.

—Pero no hicimos nada —se quejó Louis—. Harry sólo quería echar un vistazo.

—Sé. Y lamento haber reaccionado de forma exagerada. Es sólo... es mi *bebé*.

Louis frunció el ceño, cruzándose de brazos y luciendo como un gato muy mojado y molesto. —Yo no lo *lastimaría*. *Nunca* le haría daño —Anne se dio cuenta de que estaba temblando cuando se obligó a sentarse en la cama junto a Louis. No había fumado un cigarrillo desde antes de quedar embarazada de Harry, pero de repente no quería nada más.

—Sé que no lo harías —dijo ella, atrayéndolo en un abrazo. Besó la parte superior de su cabeza, que olía fuertemente a jabón y a Harry, y ni siquiera lo regañó cuando deslizó su pulgar en su boca, en ese viejo hábito que ella y Mark constantemente intentaban quitarle. Louis apenas se había chupado el pulgar desde que se mudó con ellos y ella sabía que era porque ya no estaba asustado, no estaba asustado porque tenía a Harry—. Y tú también eres mi bebé. Sólo... me asusté. Te quiero mucho, Louis. Tú y Harry ambos, ¿de acuerdo? No importa qué.

Louis sollozó. —Lo siento. No quise hacer... A veces se pone así. Así de rígido.

Anne se sonrojó. —Y eso es completamente normal. Lo siento si hice que pareciera diferente. ¿Quizás tú y papá puedan tener una charla sobre eso más tarde?

—¿Y Harry también?

Anne se mordió el labio. —Harry no es... todavía no es lo suficientemente mayor para esa charla.

—Pero a él también le pasa. Sobre todo por la mañana, cuando tiene ganas de orinar —el rostro de Anne ardía, pensando en su Harry así, pero también pensando en que Louis se daba cuenta.

—Simplemente... significa algo diferente cuando eres mayor. Tú y tu papá pueden hablarlo después de la cena. ¿Quieres panqueques para la cena? —el rostro de Louis se iluminó, su conversación aparentemente olvidada. Pero Anne no se olvidó. No *podía* dejar de pensar en ello. Y a juzgar por lo callado que estuvo Harry durante la cena, él tampoco.



La primera vez que Anne los atrapó besándose, Harry tenía doce años y Louis catorce. Habían estado en el patio atrapando luciérnagas toda la noche y cuando fue a llamarlos, los encontró a los dos en el columpio del porche. La mano de Harry estaba agarrando la cadena y la de Louis estaba ahuecando la mejilla de Harry mientras sus bocas se movían entre sí. Anne dejó que la puerta mosquitera se cerrara de golpe detrás de ella sorprendida y ambos niños se apartaron sobresaltados hacia lados opuestos del columpio.

—Hora de dormir, muchachos —logró decir, mirando las tablas del suelo, todo lo que no fueran sus ruborizados rostros culpables, su flequillo sudoroso y apelmazado, la soltura de sus cuerpos que sugería que llevaban un tiempo así.

Pensó durante horas en lo que podría decirle a Mark, cómo sacaría a relucir sus preocupaciones sobre ellos, pero al final no dijo nada. Esa noche ella se deslizó junto a él en la cama y él la tomó en sus brazos. Enterró su rostro en su pecho, deseando que él la escondiera, que la hiciera más pequeña, que la cubriera con su piel. —¿Todo bien, amor? —preguntó suavemente, alcanzando la luz.

—Por favor, no —suplicó, con voz temblorosa porque temía que si él encendía la luz lo vería en sus ojos, de la misma manera que lo había visto en los ojos de Harry y Louis desde el principio, a pesar de que había tratado de negarlo. *Son sólo hermanos*, se había dicho a sí misma. *Es natural que se amen de esta manera.*

—Anne, estás temblando como una hoja.

Y Dios, se *sentía* como una hoja atrapada en un poderoso vendaval, siendo golpeada de un lado a otro. Esto podría destruir su matrimonio con Mark, podría destruir su relación con su hijo, podría destruir su relación con Louis, a quien

consideraba un hijo. Si intentaba detenerlos, la odiarían, pero si no lo hacía, entonces, ¿qué? ¿Y si Louis estaba... Dios no lo quiera, *lastimando* a Harry? Pero no, Anne no lo creyó ni por un segundo. Louis se arrojaría frente a un tren a toda velocidad para evitar que Harry sintiera dolor. Y ciertamente no había parecido dolor lo que Harry estaba sintiendo, en el banco del porche, con su mano enredada en el cabello de Louis, su cuerpo suave y su barbilla inclinada confiadamente hacia Louis.

—¿Nos amarás a los tres sin importar qué? —preguntó Anne, agarrando a Mark con demasiada fuerza.

—¿Qué está pasando? ¿Debería estar preocupado?

—Por favor. Sólo necesito oírte decirlo —dijo Anne y su voz se quebró con las palabras.

—Por supuesto. ¿No me estás engañando...?

—Oh, Dios, no —se rio. Era extraño que pudiera imaginar que Harry y Louis estaban enamorados más fácilmente de lo que podía imaginarse a sí misma estando con otro hombre—. Pero los *chicos*... incluso si uno de ellos resulta ser gay o quiere convertirse en mujer o lo que sea, todavía los amarías, ¿verdad?

—Claro que sí —Mark hizo una pausa—. ¿Alguno de ellos... ha decidido ser mujer?

—Mark preguntó maliciosamente y Anne se rio en su pecho, sintiendo que la tensión se desvanecía.

—No que yo sepa. No. Sólo necesitaba oírte decir que no dejarás de amarnos.

Mark sostuvo el rostro de Anne entre sus manos. —Cariño, no podría, aunque lo intentara.



Cuando Louis tuvo la edad suficiente para su primer baile formal, Anne lo llevó a comprar su primer traje y lloró un poco cuando se lo probó en la tienda. —Te ves tan mayor —sollozó en un kleenex—. Igual que tu papá.

Louis se enderezó las solapas en el espejo, girando de un lado a otro. —¿Tú crees?  
—Absolutamente.

Harry se sentó desplomado en una silla fuera del vestidor, enviando mensajes de texto en su teléfono, siempre estaba en esa cosa, hablando con Dios sabe quién sobre Dios sabe qué. Anne quería disuadirlo, pedirle que estuviera más presente en lo que sucedía a su alrededor, pero le había llevado tanto tiempo hacer un solo amigo fuera de Louis que no lo presionó.

—¿Cómo me veo, Hazza? —preguntó Louis, dando una vuelta.

Harry levantó la vista y todo su rostro se transformó en una expresión de asombro suave y reverencial. —Te ves hermoso —suspiró Harry.

—Los chicos no se ven hermosos. Se ven guapos, ¿verdad, mamá? —preguntó Louis, volviéndose hacia Anne en busca de apoyo.

—Por supuesto. Te ves muy guapo, Louis.

Harry sonrió, levantándose de su posición y guardando su teléfono. Caminó hacia Louis, parándose detrás de él mientras Louis se miraba en el espejo. Harry apoyó la barbilla en el hombro de Louis, sus ojos se encontraron y se encontraron en el espejo. —Todavía digo que te ves hermoso —dijo en voz baja, soñadoramente mientras un rubor subía por el cuello de Louis.

—Mira quién habla —dijo Louis, un poco entrecortadamente y cada músculo del cuerpo de Anne se tensó ante el sonido de la voz de Louis, llena de deseo por su hijo. Anne corrió hacia el mostrador, recordándose todo el tiempo que Louis iba a ir al baile con una chica, una *chica*, no un chico, y ciertamente no Harry, y no había nada malo o irregular en la forma en que se miraban.

—Serán trescientas libras —dijo la empleada de ventas, con una voz demasiado alegre considerando la suma.

Anne la miró fijamente por un momento, antes de salir de su trance y sacar su tarjeta de crédito de su bolso. Cuando se giró, sólo por un momento, pudo ver los pies calzados con tenis de Harry y Louis debajo de la línea de la cortina del vestidor. La cortina se sacudió y hubo una risa ahogada cuando los pantalones de Louis tocaron el suelo.

—¿Esa es su cita? —preguntó la empleada de ventas con complicidad, señalando con la cabeza hacia la cortina.

—¿Lo siento? —ella se sonrojó—. No. Dios no. Son... son hermanos —pero la palabra se sintió mal en su boca y medio juró que había dicho *amantes* en voz alta y no hermanos como pretendía.

—Bien. Qué muchachos tan guapos tienes entonces —le guiñó el ojo la empleada, entregándole el recibo.

—Sí. Es cierto —una vez que sus cosas estuvieron envueltas, Anne salió corriendo de la tienda lo más rápido que pudo y no sintió que pudiera aspirar aire a sus pulmones hasta que pusieron una distancia segura entre ellos y la tienda.

—¿Todo bien mamá? —preguntó Harry, la piel entre sus cejas se arrugó por la preocupación.

—No es nada... es... ¿Alguno de ustedes tiene un cigarrillo?

Louis arqueó una ceja interrogativamente, pero de todos modos sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta y le entregó uno a ella. —Te regañaré por eso más tarde —dijo ella, mientras él lo encendía para ella.

—¿Está bien si tengo uno ahora? —Anne asintió y todos se pararon en la esquina, compartiendo un cigarrillo, mientras Anne aceptaba el hecho de que sus hijos eran prácticamente adultos ahora.

theloneilycoast



Cuando finalmente llegó la gran noche de Louis, Anne y Mark tomaron mil, adulando fotos vergonzosas de Louis y Hannah en las escaleras y en el sofá de la sala y en el jardín delantero y subiendo a su limusina. Harry se negó a salir de su habitación.

Una vez que Louis se fue, Harry bajó las escaleras con un par de pantalones de chándal caídos y la camiseta de Louis, Tomlinson 17 escrito en sus omoplatos, arrastrando sus mantas y las almohadas de su cama detrás de él.

—¿A dónde vas con todo eso? —Mark preguntó mientras Harry entraba pesadamente en la sala de estar donde él y Anne estaban viendo la televisión.

—Voy a dormir en el sofá —se quejó Harry.

Mark levantó una ceja. —¿Tuviste una pelea con Louis?

Harry se encogió de hombros, dejándose caer en el sofá, revolviéndose el cabello hacia adelante para protegerse los ojos. Sus largas piernas colgaban sobre el reposabrazos en un extremo del sofá y Anne se maravilló de lo alto que se había puesto Harry el año pasado. Ya no cabía en los pantalones de Louis y, en contra de sus protestas, tuvo que comprarle algunos de los suyos. Todavía compartían camisetas y suéteres, pero la ropa de Louis estaba apretada sobre el pecho de Harry y la ropa de Harry colgaba de Louis, una inversión de cuando habían sido jóvenes y Harry había sido el más pequeño.

—Te guardamos un poco de pizza, pollito —dijo Anne, estirando la mano para agarrar el brazo de Harry (el que no sostenía el pingüino de peluche de Louis).

—No tengo hambre —murmuró Harry, pero luego cambió de opinión y comió cuatro rebanadas seguidas directamente de la caja, sin detenerse para tomar aire entre ellas. Luego bebió dos litros de Coca-Cola Light a un ritmo alarmantemente rápido mientras Mark y Anne miraban con horror y admiración a partes iguales. Cuando Harry dejó escapar un eructo que hizo temblar la tierra, Mark le arrojó el control remoto.

—Es hora de que tu viejo se vaya a la cama. Asegúrate de que ese hermano tuyo llegue a la hora del toque de queda.

Harry gruñó buenas noches cuando Mark se inclinó para darle un beso en la frente. Mark puso los ojos en blanco con impotencia hacia Anne por encima de la cabeza de Harry, como diciendo, *adolescentes*. Anne se inclinó para darle un beso a Harry.

—No te quedes despierto hasta muy tarde, cariño —dijo, alborotándole el cabello. Pero sabía por la mirada feroz en sus ojos que Harry no estaría durmiendo en absoluto.

Anne se despertó un tiempo después con el sonido de la música que venía del piso de abajo. Se puso la bata y bajó a trompicones los escalones, buscando a ciegas la barandilla en la oscuridad. Los chicos estaban en la sala de estar. Louis,

iluminado por la televisión, todavía estaba en su traje, aunque su corbata estaba desabrochada y su cabello estaba desordenado y sostenía una botella de champán en una mano, de la cual tomaba tragos ocasionales. Harry todavía estaba tirado en el sofá, rígido con los ojos fijos en la televisión detrás de Louis, aunque no emitía ningún sonido. Louis movió sus caderas de un lado a otro lascivamente, como un borracho, empujando a Harry en el sofá con un pie calzado con un calcetín, sus zapatos de vestir abandonados.

—Vamos, pollito, baila conmigo.

—No me llames así —espetó Harry. Louis se tambaleó hasta arrodillarse y tomó la mano de Harry entre las suyas, obligando a Harry a mirarlo a la cara.

—Por favor, Harry Tomlinson, ¿puedo tener este baile? He esperado toda mi vida.

—No juegues —Harry hizo un puchero mientras Louis besaba sus nudillos suavemente.

—Sólo en la cama, lo prometo —dijo Louis, su voz se volvió baja y grave. Anne se congeló, se le puso la piel de gallina en la nuca cuando Louis puso a Harry de pie, sus cuerpos aparentemente se unieron por su propia voluntad, hasta que ninguna costura de luz pudo escapar de entre sus cuerpos apretados.

Louis llevó a Harry juguetonamente al estéreo, donde pasó a la siguiente pista en el cambiador de CD, el sonido suave y melodioso de Passenger llenaba la sala de estar mientras conducía a Harry a un baile lento.

*“Han pasado años desde que grabamos nuestros nombres en la puerta de una torre de reloj antes de que todo cambiara. Éramos niños de ojos grandes con la sal en nuestra piel y lanzábamos nuestras cometas al viento y ellas volaban y seguían y seguían...”*

El aliento de Anne se atascó en su garganta cuando Louis atrajo a Harry increíblemente más cerca, enterrando sus labios en el cuello de Harry. —Me vas a matar, pollito —gimió. Empuñó la parte de atrás de la camisa de Harry, agarrando un puñado de su propia camiseta—. Usando esto —gruñó bajo en su garganta. Harry gimió cuando los labios de Louis rozaron el lóbulo de su oreja, mientras las manos de Louis se deslizaban debajo de su camisa y buscaban la suave piel de la espalda baja de Harry—. Sabes que siempre serás mi último baile. Tú y yo para siempre, ¿sí?



La cabeza de Harry cayó hacia atrás, revelando la línea blanca de su garganta y el destello chispeante del dedal donde descansaba en la hendidura entre sus clavículas. Louis lamió una línea por el cuello y la mandíbula de Harry, terminando en su oreja. Anne sabía que debería correr, debería volver a subir las escaleras y caer en los brazos de su esposo, pero estaba congelada en el lugar. Nunca se había dado cuenta de que parte de su miedo no era que Louis y Harry estuvieran enamorados, sino que *nadie* la miraría como Harry miraba a Louis, ni Mark, ni su exmarido, ni nadie. Porque era más que amor, fue trascendencia. Bajo el peso de la mirada de Harry, Louis se transformaba y bajo la presión de las manos de Louis, Harry también. Y en ese momento, Anne no pudo evitar pensar que Harry tenía razón. Louis era hermoso.

*“Hace años que no susurramos en voz baja con la luz de la antorcha encendida y la luz grande apagada. Éramos muchachos cansados con el jabón en la piel y nos dormíamos con el viento y soñábamos una y otra vez...”*

Las manos de Harry se deslizaron por la espalda de Louis para ahuecar la curva de su trasero y luego, de repente, se estaban besando. Su hijo de catorce años y su hijo de dieciséis, besándose como si lo hubieran hecho durante años, como si fuera la cosa más natural del mundo. Y Anne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas porque debía haber algo que ella podría haber hecho para detenerlo, pero *no*, curiosamente, no quería que fuera de otra manera. Oh, Hannah había sido encantadora y había sido agradable ver a Louis haciendo cosas que los adolescentes normales debían hacer, pero claro, Harry y Louis no eran adolescentes normales. Y nunca lo habían sido.

*“Porque somos círculos. Somos círculos que ves. Damos vueltas alrededor del sol adentro y afuera como el mar. Daré vueltas a tu alrededor, tú darás vueltas a mi alrededor...”*

Harry gimió en la boca de Louis, agarrándolo con más fuerza mientras Louis los giraba en círculos perezosos, sin dejar que su boca dejara la de Harry por un momento. Louis finalmente redujo la velocidad, bajando a Harry al suelo, con ternura, gentilmente, como si fuera algo que pudiera romperse. Sus ojos eran luminosos cuando miró a Harry, chupándose el labio inferior. —Podría tenerte aquí mismo, pollito. Vistiendo sólo mi camiseta de fútbol y una sonrisa.

—Por favor —Harry casi sollozó, sus manos temblaban mientras alcanzaba a Louis. Louis sujetó sus muñecas a la alfombra.

—No hasta los dieciséis, bebé. No quiero hacerte daño.

—No lo harás. No me harás daño. Quiero...

Louis lo besó suavemente, mordiendo el labio inferior de Harry mientras se separaban. —Vale la pena esperar.

—Dios, Lou —Harry se retorció, su mano deslizándose entre sus cuerpos apretados para frotar el bulto que se formaba en la parte delantera de sus sudaderas—. Voy a explotar.

Louis sonrió mientras se recostaba, sentándose con sus muslos a ambos lados de los de Harry. —Al menos espera hasta que estés en mi boca —susurró bruscamente y luego Anne echó a correr. Corriendo hasta que estuvo en la oscuridad y seguridad de su dormitorio, intentando y fallando en alejar de su mente los pensamientos de sus hijos enredados en la alfombra de la sala.

—¿Louis llegó bien a casa? —preguntó Mark, adormilado desde la cama. Anne apoyó la espalda contra la puerta cerrada, tratando de equilibrar su respiración, para que su corazón dejara de latir.

—Sí. Sano y salvo —se las arregló para croar y, a pesar del tirón conflictivo en su pecho, se dio cuenta de que lo estaba. Ambos lo estaban.

thelonlycoast



—Ya sabes... Harry cumplirá dieciséis en tres meses —dijo Anne casualmente una mañana, mientras dejaba los huevos de Mark en la mesa. Mark se bajó las gafas y la miró por encima de su crucigrama.

—Y el cumpleaños de Louis es el próximo mes. ¿Cuál es tu punto?

Ella rio. Tal vez dar vueltas no era el mejor enfoque con un hombre sensato como Mark. —Lo sé... sólo pensé. *Dieciséis*. Pronto se irá a la universidad. Y es tan buen

chico. Siempre tiene buenas notas, nunca se mete en problemas. Sería bueno hacer algo bueno por él.

—¿Qué, como una fiesta? —preguntó Mark, soplando su café para enfriarlo. Sus anteojos se empañaron con vapor y se los frotó con el faldón de la camisa antes de volver a ponérselos.

—No... Harry no es así de vistoso. Además, no tiene más que un puñado de amigos. No sé a quién invitaríamos.

Mark contempló eso mientras mordía su tostada. —Le compramos un coche a Louis cuando cumplió dieciséis años.

Anne se sentó junto a él con su taza de té, acariciando lentamente el labio con la yema del dedo. —Sí, pero Harry no es Louis. Dudo que lo conduzca. Preferiría caminar o que Louis lo llevara.

Mark se encogió de hombros. —Entonces, ¿qué tenías en mente?

—Estaba pensando... ninguno de los chicos ha estado nunca fuera de Inglaterra. Sería bueno darles un pequeño viaje, sólo ellos dos.

—¿Crees que están listos para eso?

—Louis tiene casi dieciocho años. Y ya sabes, el tío Leo está en París. Si algo saliera mal, podrían llamarlo.

—París, ¿eh? —Se puso de pie y puso sus brazos alrededor de su cuello, inclinándose para besar su cabello.

—Sólo si crees que podemos pagarlo —dijo apresuradamente.

—Mmm... Creo que tengo algunas acciones que puedo retirar. Ya sabes... no hemos tenido la casa para nosotros solos en... once años —dijo, mordisqueándole la oreja.

—¿Ha pasado tanto tiempo? —preguntó mientras Mark besaba su cuello.

—He estado contando —bromeó.

—¿Así que eso es un sí? —ella le sonrió.

Él se rio. —Sí. Vamos a hacerlo.



Con el cumpleaños de Louis y las vacaciones en diciembre, el cumpleaños de Harry llegó mucho más rápido de lo que a Anne le hubiera gustado. Su pequeño hijo estaba creciendo y no había olvidado la noche en que los encontró después del baile formal de Louis y la promesa que le había hecho de esperar hasta que Harry cumpliera dieciséis años. Fue lo que la hizo pensar en el viaje en primer lugar, si era honesta. Para que Louis pudiera darle a Harry la primera vez que se merecía, para que no tuviera que ser en el asiento trasero de un automóvil o en la habitación de su infancia o en el sótano de un amigo. Así no tendría que ser apresurado. Al menos estaba contenta de que uno de ellos no fuera una chica para no tener que preocuparse por el embarazo. En eso tuvo suerte, supuso.

Dos semanas antes del cumpleaños de Harry, Anne llevó a Louis a la tienda para elegir un regalo para él. —¿No crees que le gustaría tener una buena cámara? —había preguntado mientras caminaban por el departamento de electrónica.

—¿Ha dicho eso? —preguntó Louis, levantando una ceja.

—No. Pero él siempre está tomando fotos con ese teléfono suyo —se encogió de hombros—. ¿Qué dices?

Louis caminó de un lado a otro por los pasillos, examinando algunas DSLR con interés, antes de volver a dejarlas. Se detuvo en la sección de apuntar y disparar, recogiendo el modelo más caro del estante. —Esta Leica es bonita.

—Si. Seiscientas libras de belleza —resopló, acercándose detrás de él.

—Bueno, dijiste una buena cámara —Louis puso los ojos en blanco.

Anne hizo una pausa. —Sí. Okey.

—¿Okey?

—Okey. Consigámosla para él. Harry se lo merece, ¿no crees?

—¿De verdad? —Louis tiró de ella en un abrazo aplastante—. Gracias, mamá —y Anne pensó que nunca se cansaría de escuchar esa palabra.



Anne y Louis estaban en la cocina horneando el pastel de Harry cuando llegó a casa de la escuela y dejó caer su mochila en el suelo junto a la puerta principal. —Mmm, se ve bien —dijo, pasando el dedo por el glaseado y chupándolo.

Louis golpeó una mano hacia él. —Vete. Un serio asunto oficial de cumpleaños está pasando aquí.

—No lo escuches. Ven, bebé —Anne extendió los brazos y Harry se agachó para darle un abrazo, ya que era demasiado alto para su gusto. Se puso de puntillas y le besó un lado de la cabeza—. Feliz cumpleaños, pollito.

Louis se unió a ella para abrazar a Harry. —Sí. Feliz cumpleaños, pollito —se rio Louis, tratando de fingir que era una broma, pero sus brazos se apretaron perceptiblemente alrededor de Harry y Harry hundió su cara más profundamente en el cuello de Anne en respuesta.

Anne rompió el abrazo antes de que las cosas se pusieran indecentes, golpeando el trasero de Harry con un paño de cocina. —Hablando en serio. Desaparece. Ve a limpiarte. Tu papá estará en casa pronto.

La cena fue un asunto formalmente informal en la mesa del comedor: comieron tacos en la bonita porcelana y usaron coronas de papel. Louis le dio a Harry su regalo después de la cena y todos hicieron sonidos de aprecio mientras Harry hojeaba el libro con entusiasmo y trataba de averiguar para qué servían todos los botones. —Mamá, papá, esto es demasiado —les dio a cada uno un abrazo y un beso.

Anne se lo quitó de encima. —Todo fue obra de Louis. Deberías agradecerle.

Harry caminó tímidamente hacia Louis y lo agarró por el hombro, jalándolo en un fuerte abrazo. —Gracias, Lou —murmuró Harry en su hombro.

Anne se aclaró la garganta y los chicos se separaron, la cara de Harry roja desde el cuello hasta las orejas. —Tu papá y yo también te conseguimos algo —dijo, entregándole el sobre grueso.

—No supongas que hay un auto ahí dentro —Louis bromeó con Harry, mirando por encima de su hombro mientras Harry abría.

La boca de Harry se abrió mientras miraba con incredulidad los boletos de avión. —Mamá, papá, ¿qué? —pero no llegó a terminar antes de que las lágrimas se precipitaran en sus grandes ojos verdes.

—Pensé que a ti y a Louis les vendría bien un poco de tiempo lejos de tu madre y tu padre —dijo Anne, sonriendo.

—Pero no podemos, ¿pueden... podemos pagar esto? —preguntó Harry, mientras Louis le quitaba los boletos de la mano, rebotando con entusiasmo en los cojines del sofá.

—Está bien, Harry. En realidad. Cobré un poco de acciones —le aseguró Mark.

—¡París! —Louis chilló, sacudiendo los hombros de Harry—. Nos vamos a París.

La boca de Harry aún estaba abierta mientras miraba con incredulidad el sobre en sus manos, con los ojos llenos de lágrimas. —¿Y somos sólo... sólo Louis y yo?

—Sólo tú y Louis. Ahora la información de su hotel está allí, y los boletos de tren y pases para museos y un poco de dinero para gastar en comida y recuerdos. Y el número de móvil de tu tío Leo está ahí por si necesitan algo o se pierden o si sólo quieren quedar para tomar un café...

Harry se arrojó sobre Anne, cortando su parloteo con un fuerte abrazo. —Muchas gracias —abrazó a Mark a su vez y luego miró a Louis.

—Es real, ¿no? —le preguntó a Louis, con lágrimas aun brillando en sus ojos.

—Nos vamos en dos días —cantó Louis, sonriendo como un maníaco—. Oh, Dios mío, ¿qué me voy a poner? —preguntó con horror, cuando el pensamiento lo asaltó y corrió como un loco hacia las escaleras. Su cabeza se asomó tímidamente por la esquina un minuto después—, Gracias mamá y papá —y luego estaba subiendo las escaleras a su habitación.

Harry acarició el costado de Anne y ella no pudo evitar preguntarse a dónde se había ido el tiempo. Parecía que fue ayer que Harry y Louis habían sido niños pequeños y ahora se estaban convirtiendo en adultos y ella no podría haber estado más orgullosa o triste. Pronto, ya no la necesitarían. Tal vez, nunca lo habían

hecho. —Mamá. No puedo agradecerte lo suficiente. Nadie ha hecho algo así por mí. No estoy seguro de merecer...

—Oh, silencio. Sólo asegúrate de tomar muchas fotos con tu nueva cámara porque tu papá y yo estaremos esperando una presentación de diapositivas cuando regresen.



La casa estuvo inquietantemente tranquila la semana que Louis y Harry estuvieron en París. Anne se puso al día con la ropa y la limpieza, pero al tercer día se le acabaron las cosas que hacer en la casa y se encontró sentada en el borde de la cama de Harry, oliendo una sudadera suya que de alguna manera se había escapado de la ropa. Su bebé, sus *niños*, se corrigió a sí misma, ya eran mayores.

Anne se encontró sacando los libros de bebés de Louis y Harry de la parte superior del armario y así fue como Mark la encontró, sentada en la cama de Harry, hojeando los años de su infancia. —A veces pienso en cómo habría sido si nunca te hubiera conocido —dijo, sin levantar la vista cuando Mark se acomodó a su lado, la cama doble se hundió bajo su peso—. Si Harry nunca hubiera tenido a Lou, ¿cómo habrían sido? —ella se estremeció—. No me gusta pensar mucho en eso.

Mark se acercó para acariciar la muñeca de Anne. —Hemos tenido suerte, ¿no?

Anne suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de Mark. —No sé qué voy a hacer cuando ambos se vayan a la universidad. Va a estar tan tranquilo.

Después de graduarse, Louis se había tomado un año sabático, que se había convertido en dos, y ella sabía que estaba esperando a Harry para que pudieran comenzar una nueva vida juntos. Siempre estaba esperando a que Harry lo alcanzara, desde que era un niño pequeño: caminaba más despacio para que las piernecitas de Harry pudieran mantener el ritmo, tendía una mano para que Harry cruzara la calle, cargaba las mochilas de ambos a casa desde la escuela para que Harry no tuviera que luchar bajo el peso de la suya. Louis estaba trabajando en una tienda de discos con poca luz en la ciudad y ella sabía que no era el trabajo

de sus sueños o la vida de sus sueños, pero sabía que no se atrevería a comenzar la vida de sus sueños sin Harry a su lado.

—¿Crees... crees que han salido bien? —preguntó Anne, mirando a Mark.

—Han resultado más que bien. Porque son nuestros —Anne se inclinó para besarlo y una arruga se formó entre sus cejas mientras la estudiaba.

—¿Alguna vez piensas en... intentarlo de nuevo? Sólo tienes treinta y siete después de todo. Sería bueno tener uno pequeño cerca.

—Nunca supe que querías...

—Quiero lo que tú quieras. Pero podría ser agradable, cuando los niños se hayan ido, escuchar el sonido de los pies pequeños alrededor.

—Okey.

—¿Okey? —él levantó una ceja, en un gesto tan propio de Louis, que ella se derritió un poco. Lo besó con firmeza, imaginando otro Louis o Harry creciendo dentro de ella, o tal vez incluso una mezcla de los dos, con los ojos azules de Louis y los rizos oscuros de Harry, con los hoyuelos de Harry y la baja estatura de Louis. Tal vez incluso una niña esta vez.

Anne nunca había querido tener más hijos, pero con Mark las cosas eran diferentes. Sabía que era un buen padre, sabía que Harry y Louis habían resultado ser los jóvenes amables, considerados y cariñosos que eran en parte gracias a él. Y ya no tenía miedo de que él se fuera, no como en los primeros años de su matrimonio, durante los cuales andaba de puntillas, esperando que cayera el otro zapato, que se repitiera su último matrimonio. Seguramente, la suerte de nadie podría durar tanto tiempo. Por supuesto, tal vez había dejado de ser suerte y comenzó a ser otra cosa hace años: amor, compromiso o lealtad. Algo como lo que Louis tenía con Harry, algo que los unía.

—Sí. Vamos a hacerlo. Vamos a hacer un bebé —ella lo besó de nuevo y él la hizo rodar sobre su espalda en la cama, profundizando su beso. Cuando se separaron, el pingüino de peluche de Louis se estaba clavando en su costado y ella se estaba riendo.

—Pero no aquí —dijo, poniendo el libro de bebés de Harry y Louis en la mesita de noche y cerrando la tapa.





Harry y Louis regresaron de París una semana después con sonrisas permanentes en sus rostros y unas setecientas fotografías almacenadas en la tarjeta de memoria de Harry. Parecían más ligeros de alguna manera, cultos y experimentados y bien viajados y bien... *bien follados*, supuso ella también, si la forma en que Harry subía y bajaba las escaleras era una indicación.

Fue la primera muestra de una vida en la que no todos los conocían como hermanos y parecían hambrientos de más. Louis ya estaba sacando libros de viaje de la biblioteca, guardando dinero de su cheque cada mes, y Harry estaba hablando de tal vez tomarse un año sabático para poder irse de mochileros. Se formaron planes, se elaboró un calendario, sus emocionados susurros le llegaban en la noche mientras hablaban de todos los lugares a los que irían, las cosas que harían juntos.

Anne perdió su período en marzo y, en mayo, se encontró pasando la mayor parte de sus tardes buscando muebles para bebés en Internet y clasificando la ropa vieja de Louis y Harry en el ático. Estaba haciendo exactamente eso cuando Harry llegó a casa un día en medio de la escuela, sus pasos pesados en las escaleras. —¿Mamá? —gritó, sonando por un segundo como un niño pequeño otra vez. Casi esperaba que Harry, de cinco años, mirara por la esquina de la puerta. Su pollito.

—Aquí arriba —llamó ella—. ¿Qué estás haciendo en casa? No capeando, espero.

—Salimos temprano.

Ella frunció el ceño cuando vio su rostro en la puerta, la tristeza frunciendo su barbilla, haciendo un puchero con su labio. Harry nunca había sido muy bueno ocultando sus emociones, todo lo que sentía lo llevaba en la cara. Por eso era un mentiroso tan terrible. —¿Todo bien?

Anne rápidamente cerró la caja de mamelucos, empujándolo a un lado para que Harry pudiera sentarse. Harry se dejó caer junto a ella en el suelo, estirando sus largas piernas frente a él. Las motas de polvo se arremolinaban a su alrededor en

los haces de luz que entraban por las altas y diminutas ventanas del ático, iluminando el contorno de sus rizos y desdibujando sus rasgos en suavidad.

—Un chico, un chico de décimo año, se suicidó.

—¿En la escuela? —ella jadeó.

—No. El fin de semana.

—¿Lo conocías? —preguntó gentilmente, poniendo un brazo alrededor de los hombros de Harry. Harry apoyó su cabeza en la de ella. Se sentía pesado.

—No mucho. Lo vi alrededor a veces. Pero... sí, no muy bien. Era gay —espetó Harry—. Los otros chicos lo molestaron bastante.

—Eso es horrible.

—Louis solía defenderlo todo el tiempo. Cuando los chicos del footie se metían con él. Tuvo algunas peleas por eso.

—No lo sabía —dijo Anne en voz baja—. Pero suena como Louis. Siempre te estaba salvando en el patio de recreo.

—Sí —Harry se mordió la piel de los nudillos como lo hacía cuando estaba preocupado, nervioso o inseguro—. Louis es así.

—Cariño, tú no... nunca pensarás en lastimarte así, ¿verdad?

—Dios, no —dijo, horrorizado de que ella lo sugiriera.

—¿Y Louis?

—No —Harry negó con la cabeza, sus rizos rebotando—. No, él nunca me ha dicho nada.

—Pero si algo, si algo te molestara alguna vez, vendrías a mí, ¿verdad? ¿O Lou o tu padre? —preguntó ella, acariciando su rodilla.

—Por supuesto, mamá —las lágrimas brillaban en sus ojos verdes, pero su barbilla estaba rígida, decidido a no dejarlas caer.

—¿Ellos... alguna vez te han molestado?

Harry resopló. —¿Y soportar la ira de Louis Tomlinson?

Ella sonrió, acomodando uno de sus rizos detrás de su oreja. —Él te cuida muy bien.

—Sí —Harry se mordió el labio—. Lo hace. ¿Qué estás haciendo aquí arriba de todos modos?

—Sólo revisando algunas de las cosas viejas tuyas y de Louis.

—No las vas a regalar, ¿verdad? —preguntó, sacando un paquete de cromos Pokémon de la caja más cercana, hojeándolos distraídamente.

—No. Pero pensé... ¿podrían estar dispuesto a compartirlas?

Harry la miró con curiosidad.

—¿Puedes guardar un secreto? —Harry frunció el ceño—. No de Louis, por supuesto —agregó rápidamente y Harry sonrió de nuevo.

—Entonces sí.

—Mientras tú y Louis estabais en París... tu padre y yo... hicimos una especie de... hicimos un bebé.

—¿Estas embarazada? —la boca de Harry se abrió.

—¿Eso está bien?

—¿Voy a ser un hermano mayor? —Harry sonrió, lanzando sus brazos alrededor de ella—. Sí. ¡Si está bien! ¡No puedo esperar para decírselo a Lou! Tal vez deberíamos aplazar el viaje un poco... thelonelycoast

—No. No. Ustedes dos mantengan sus planes. Estaremos aquí esperándolos cuando regresen.

—Me pregunto cómo se verá —dijo Harry, sacando una de las camisas de bebé de Louis de una caja cercana y acercándola al estómago de Anne.

—Espero un poco como ustedes dos —sonrió.

—Yo también —la cara de Harry estalló en una sonrisa de mil vatios.

Anne hizo una pausa, observando a Harry hurgar entre sus cosas viejas. —¿Cuál era su nombre?

—¿Quién?

—Tu amigo. El chico. El que-

—Jack —dijo Harry.

—Jack podría ser un buen nombre para un niño, ¿no crees? —preguntó, extendiendo su mano para darle un apretón a su enorme mano. Todavía podía recordar cuando sus manos habían encajado en las de ella, la mano de Harry en una mano y la de Louis en la otra. Harry apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro.

—Sí. Sí, lo sería.



El bebé llegó antes de lo que cualquiera de ellos esperaba. Mark acababa de terminar de pintar el dormitorio de invitados y armar la cuna cuando Anne tuvo contracciones.

Gracie-Lou Tomlinson era una bebé otoñal, con cabello oscuro y una cara pequeña y aplastada y pequeños puños que golpeaban el aire, acentuando sus llantos. Todos la amaron desde el principio. Louis y Harry acortaron su viaje y regresaron a casa, bronceados por el sol y sonrientes, después de dos meses en Australia, con una maleta llena de recuerdos, historias y fotos de su tiempo en el camino.

Estaban más felices de lo que Anne podía recordar haberlos visto y ella también estaba feliz. Se sentía bien, el sonido de sus voces detrás de la puerta cerrada del dormitorio, con los pequeños tapices de arcilla torcidos con sus nombres en ella. Parecía correcto que Harry se levantara con Anne a veces cuando ella amamantaba a Gracie y preparaba té para ambos y se acurrucaba con ella en el sofá. A veces, Harry le rogaba que le contara historias sobre cuando él y Louis eran pequeños y, a veces, él le contaba sus propias historias: divertidas anécdotas de viaje sobre cómo un mono robó las gafas de sol de Louis en Bali, sobre cómo olvidó su pasaporte en un avión en Perú, sobre cómo llovió cuatro días seguidos en París y cómo se veía el sol el quinto día, brillando en prismas de arcoíris a través de la pirámide de cristal del Louvre.

Se sentía bien que Louis y Harry estuvieran allí para llevar a Gracie a caminar por las tardes cuando Anne no necesitaba nada más desesperadamente que una siesta. Parecía correcto que Harry insistiera en tomar un millón de fotos de Gracie con su Leica, empapelando toda una pared de su habitación con su cara alternativamente sonriente, dormida y aullando hasta que Louis se puso celoso e insistió en que Harry tomara algunas de él. Se sintió bien cuando los encontró a los tres dormitando en el sofá, Gracie acurrucada sobre el pecho de Harry, la mano de Louis descansando sobre el tobillo de Harry. Se sentía como si un círculo se hubiera cerrado de alguna manera. Como si sus vidas enteras estuvieran cayendo en su lugar, como si algo comenzara y terminara al mismo tiempo. Cuando Anne se despertaba por las mañanas, lo hacía con una renovada sensación de paz, de que todo estaba como debía ser.

Pero aun así, a veces, se detenía frente a su puerta y escuchaba a Louis y Harry hablando en susurros y sabía que no estaba bien mantenerlos aquí, que de alguna manera, su vida aquí ahora era una jaula. ¿Cómo podría ser otra cosa? Sí, habían crecido como hermanos, pero ahora eran algo más, algo que no podían ser en su pequeño pueblo inglés y por mucho que le doliera, ella fue quien sacó sus maletas del armario la próxima primavera. Gracie-Lou tenía seis meses.

—Gracie, su papá y yo estaremos aquí cuando regreses —insistió.

Louis sonrió. —El mundo puede esperar un poco más. De hecho, Harry y yo hemos tomado una decisión sobre la universidad. Ambos aplicamos para la Sorbona en París y nos aceptaron para el otoño.

—Oh, Louis, esas son noticias maravillosas —dijo efusivamente Anne, atrayéndolos a ambos en un abrazo.

—Salud —Mark asintió en su dirección, desde donde estaba sentado en la mesa de la cocina dándole el biberón a Gracie—. Finalmente vamos a tener algo de paz y tranquilidad en la casa.

Harry sonrió, mirando a Gracie, quien dejó escapar un pequeño eructo somnoliento. —No es probable, papá.

—No, no es probable en absoluto —se rio Mark.



Anne y Mark llevaron a los chicos a la estación de tren a principios de septiembre. Era un hermoso día de otoño (muy raro en la campiña inglesa): la niebla se desvanecía temprano en la mañana para revelar un sol que se filtraba a través de las ramas de los árboles y caía sobre sus rostros con patrones como encaje. El aire era fresco y fresco cuando Harry empujaba el cochecito de Gracie por la plataforma, Louis y Mark venían detrás con los baúles.

Todo se sentía un poco irreal, como el sueño de una vida, y Anne pensó que probablemente sería feliz, aunque no fuera un día hermoso, porque estaba con su familia y la amaban. Y ella los amaba.

—Todos juntos ahora —ordenó Harry, tratando de encajarlos en el marco de la lente de su cámara.

—Harry, tú también deberías estar en ella —insistió Louis, jadeando mientras dejaba su baúl y se dejaba caer sobre él.

Harry se volvió hacia una pareja de ancianos en un banco cercano. —¿Les importaría? Sólo presione el obturador aquí —le explicó a la mujer.

Ella le quitó la cámara y Harry corrió hacia la toma, sonriendo con un brazo alrededor de Louis y el otro alrededor de Anne. Se apresuró a aceptar la cámara, apartando el flash de sus ojos. —Una familia tan encantadora —dijo la mujer, dándole palmaditas en la espalda.

Harry resopló cuando le mostró la foto a Louis y Louis casi se cae de la risa. —Nos ha cortado la cabeza —susurró, mostrándole a Anne la pantalla, que los había capturado a todos perfectamente debajo del cuello. Anne se unió a sus risas, así que tal vez el día no fue perfecto, tal vez la imagen no salió como habían planeado, pero era de ellos y eso era lo importante, ¿no?

—Los voy a extrañar a los dos con locura —dijo Anne, arrastrándolos a ambos para abrazarlos—. ¿Llamarán todos los días?

Louis se rio, pero la apretó con fuerza. —Mamá. Nos verás el próximo mes. Todos lo harán.

Anne y Mark habían acordado celebrar el primer cumpleaños de Gracie en París y sería el primer viaje de Anne y Gracie fuera de Inglaterra. Era extraño que sus hijos viajaran más que ella, reflexionó Anne. Extraño, pero también correcto. Siempre querías darles a tus hijos más de lo que habías tenido mientras crecías.

Harry insistió en que llevaría a Gracie al carrusel de dos pisos junto a la Torre Eiffel. Y Louis dijo que la engordaría con croissants de chocolate de una pequeña pastelería que ambos amaban. Y fue con el pensamiento de esos futuros tiempos felices en su mente, que Anne pudo dejarlos ir.

—Somos nosotros ahora —dijo Harry mientras su tren entraba a la estación, seguido por una columna de humo.

Se inclinó para darle a Gracie un beso final. En ausencia de Louis y Harry, Gracie estaba vigilando el pingüino de peluche de Louis y Gracie se lo tendió ahora. — Llito —balbuceó felizmente y todos la miraron sorprendidos.

—¿Ella acaba de-?

—¡Creo que lo hizo! —Anne se rió.

—¿Soy su primera palabra? —Harry sonrió, mientras Gracie lo señalaba y gritaba “¡Llito! ¡Llito!” una y otra vez.

—No dejes que se te suba a la cabeza, amor —dijo Louis con amargura, pasando un brazo alrededor de la cintura de Harry y acercándolo más hasta que sus caderas chocaron—. Obviamente tiene un gusto horrible. Quiero decir, sólo mira ese suéter de unicornio tan feo.

—Ese suéter era tuyo —dijo Anne, reprimiendo una risita.

—¡Jamás! —Louis gritó indignado cuando Harry lo arrastró, riéndose, hacia las vías.

—¡Nos vemos en un mes! —gritó Harry mientras subían las escaleras, empujando sus baúles detrás de ellos.

Anne y Mark los despidieron con la mano, lágrimas corriendo por sus mejillas, incluso mientras sonreían. Los rostros de los muchachos aparecieron por última vez, en una ventana cerca de la parte trasera del tren, enmarcados como una foto en un relicario. Anne pensó, con sorpresa, mientras el tren salía de la estación y

levantó una mano para protegerse los ojos del sol brillante, que no estaba preocupada. Ella no estaba preocupada en absoluto. Estarían... *estaban* bien.

*fin.*

# circles

thelonlycoast





# circles

thelonlycoast

Puedes encontrar esta historia en su idioma original [aquí](#)

Para más traducciones mías, visita mi [cuenta](#) de ao3.

Y recuerda, el mejor pago para un autor o traductor de *fanfiction* es un comentario.